

## ESPIRITUALIDAD IGNACIANA - LA UNIÓN CON DIOS

### 3ª Meditación: A los pies de Jesús

Yo soy el Camino y no me buscas.  
Yo soy la Verdad y no me crees.  
Yo soy la Vida y pareces muerto.  
Yo soy tu Redentor y se te olvida.  
Soy tu Salvador y me rechazas.  
Soy misericordioso y siempre abusas.  
Soy tu Guía y no me sigues.  
Soy justo y desconfías.  
Soy Amor y me persigues.  
Soy Luz y no me miras.

Me dices Maestro y nunca aprendes.  
Me dices Pastor y no me oyes.  
Me dices Señor y no me obedeces.  
Me dices Rey y de mi te burlas.  
Me llamas Eterno y no me esperas.  
Me llamas bueno y no me estimas.  
Me llamas Santo y no me imitas.  
Me llamas amigo y me traicionas.  
Me llamas dueño y no me sirves.  
Me llamas rico y no me pides.

Te di inteligencia y no me entiendes.  
Te di voluntad y me resistes.  
Te perdono y más me ofendes.  
Te espero y nunca llegas.  
Te ayudo y me criticas.  
Te cuido y no agradeces.  
Te hablo y no me escuchas.  
Te pido y no me das.  
Te doy y exiges más.  
Te hago fuerte y te doblegas.  
Te hago poderoso y esclavizas.  
Te hago rico y te corrompes.  
Te hago pobre y me maldices.  
Te hago sabio y me desprecias.  
Te hago importante y me denigras.  
Te hago sano y te envileces.  
Te hago mi hijo y no me honras.  
En fin, Soy tu Dios y no me temes.

Dime hijo mío que más quieres que haga por ti, tuya es mi Gloria si la quieres, si eres desdichado no me culpes...

En esta tercera meditación veremos la centralidad del Señor en nuestra unión con la Voluntad Divina.

Ya tenemos aquél *unum necessarium* que enseñó Jesucristo a Marta. Veamos ahora como este *unum* se halla **a los pies de Jesús** con santa Magdalena.

El amor a Dios puede hacer todas estas maravillas cuando el alma ya está dentro de lo que la Esposa denomina “la bodega de sus vinos”. Pero en nuestra vida actual, mezcla de cuerpo y de espíritu, entrelazada de inteligencia, de amor y de sentimiento, ordinariamente la Divinidad pura no es suficiente para llevarnos tras sí, al menos de principio.

Por eso Dios en su providencia nos ha dado la Divinidad encarnada y viva en un ser sensible, en un hombre hecho de nuestra propia carne y sangre, en un corazón que palpita igual que el nuestro, el mismo amor, las mismas alegrías y tristezas, el mismo ardor y el mismo desfallecimiento. Rumiemos, meditemos y saboreemos el sentido mirífico de la palabra *Dios-hombre*, Jesucristo.

«Dios no estuvo nunca tan cercano del hombre –y el hombre jamás estuvo tan cercano a Dios– como precisamente en ese momento: en el instante del misterio de la Encarnación»<sup>1</sup>.

«La Encarnación existe en el fondo de todas las ciencias y es su explicación última: es la belleza de todas las artes, es el complemento de todas las filosofías verdaderas, es el punto de partida de toda la historia, y a ella va a parar todo. En derredor de ella se agrupan los destinos de las naciones y los de los individuos. Ella es la que purifica todas las felicidades, como glorifica todas las penas. Es causa de todo lo que vemos y la prenda de todas nuestras esperanzas. Es el hecho grandioso que enlaza la vida a la inmortalidad, y cuando la inteligencia humana llega a perderle de vista, se extravía en medio de las tinieblas, y la luz de una vida divina no ilumina sus pasos. Dichosos los países sobre los que todavía brilla el sol de la fe [...] y que] recuerdan con frecuencia que su verdadera vida está encerrada toda entera en el misterio único de la Encarnación»<sup>2</sup>

Tenemos, pues, la Divinidad resplandeciente en formas y carne humana, viva en sentimientos humanos, dispuesta a ser amada y a amar, de la misma manera que amaríamos a un amigo, a un hermano, un padre, una madre, un esposo. Estas palabras no son una exageración, no son una alegoría; son la más exacta verdad y realidad que poseemos. Jesús mismo lo dice claramente, que Él es todo esto para nosotros. Como el maná de los israelitas, tiene todos los sabores infinitos del amor, todas las variedades y delicadezas del sentimiento más íntimo. *Omne delectamentum in se habentem*.

Quien profundice en esto, tendrá a Jesús por amigo, por padre, por madre, por esposo con más fuerza de enamoramiento que todos los intermitentes y débiles afectos humanos.

«Él es el único **Maestro** que debe enseñarnos, el único **Señor** de quien debemos depender, la única **Cabeza** a la que debemos estar unidos, el único **Modelo** a quien debemos conformarnos, el único **Médico** que debe curarnos, el único **Pastor** que debe apacentarnos, el único **Camino** que debe conducirnos, la única **Verdad** que debemos creer, la única **Vida** que debe vivificarnos

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Alocución Dominical (02/08/1981), 2; OR (09/08/1981), p. 1.

<sup>2</sup> FEDERICO GUILLERMO FABER, *Belén*, Madrid 1909, 49-50. Citado en Carlos Miguel Buela, IVE, *El Arte del Padre*, IVEPress, Jerusalén 2015, 18.

y el único **Todo** que en todo debe bastarnos. “No se ha dado a los hombres sobre la tierra otro Nombre por el cual podamos ser salvados”, sino el de Jesús»<sup>3</sup>.

«Todo lo suyo es tuyo: el Espíritu, el corazón, el cuerpo, el alma y todas sus facultades... todo lo que hay en ti debe ser injertado en Él... Él debe ser tu espíritu, tu corazón, tu amor, tu vida y todo lo tuyo»<sup>4</sup>.

### Oración de San Agustín<sup>5</sup>

Tú eres, oh Cristo,  
mi Padre santo, mi Dios misericordioso,  
mi rey poderoso, mi buen pastor,  
mi único maestro, mi mejor ayuda,  
mi amado hermosísimo, mi pan vivo,  
mi sacerdote por la eternidad,  
mi guía hacia la patria,  
mi luz verdadera, mi dulzura santa,  
mi camino recto, mi Sabiduría preclara,  
mi humilde simplicidad, mi concordia pacífica,  
mi protección total, mi rica heredad,  
mi salvación eterna....  
¡Cristo Jesús, Señor amabilísimo!  
¿Por qué habré deseado durante la vida  
algo fuera de Ti, mi Jesús y mi Dios?  
¿Dónde me hallaba cuando no pensaba en Ti?  
Anhelos todos de mi corazón,  
inflámense y desbórdense desde ahora  
hacia el Señor Jesús;  
corran, que mucho se han retrasado,  
apresúrense hacia la meta,  
busquen a quien buscan.  
¡Oh Jesús! ¡Anatema quien no te ame!  
¡Reboce de amargura quien no te quiera!  
¡Dulce Jesús,  
que todo buen corazón dispuesto a la alabanza,  
te ame,  
se deleite en Ti,  
se admire ante Ti!  
¡Dios de mi corazón!  
¡Herencia mía, Cristo Jesús!  
¡Desfallezca el latir de mi corazón!  
vive, Señor, en mí;

<sup>3</sup> SAN LUIS MARÍA, TVD, n. 61.

<sup>4</sup> SAN JUAN EUDES, *Tratado sobre el admirable Corazón de Jesús*, I, 5.

<sup>5</sup> *Tratado de la Verdadera Devoción*, SAN LUIS MARÍA, n. 67.

enciéndase en mi pecho  
la viva llama de tu amor,  
acrézcase en incendio;  
arda siempre en el altar de mi corazón,  
queme en mis entrañas,  
incendie lo íntimo de mi alma,  
y que en el día de mi muerte  
comparezca yo consumado en tu presencia.

Amén

Este enamoramiento se ha de fundamentar en un conocimiento íntimo y afectuoso de nuestro Señor Jesucristo, sacado de la meditación amorosa del Evangelio. Y, después de eso, se ha de procurar una convivencia espiritual, e incluso material, por medio de la Sagrada Eucaristía, la Misa, las visitas al Santísimo y, entre medio, cuando esto no sea posible, mediante miradas, adoraciones, etc. a imágenes de Jesús que tendremos delante, más aún, ante la imagen viva que tendremos en el interior de nuestro corazón.

Llegando a conocer y sentir alguna vez la intensidad con que toda delicia mana de esta intimidad amorosa con Jesús, uno llega a hacerle formal entrega de la voluntad, ahora y para toda la eternidad. Él, que es nuestro Dios, que desde toda la eternidad nos ha amado, que en el tiempo nos ha dado el ser, que nos hará para siempre dichosos en la gloria; Él, que, como hombre, es nuestro amigo, nuestro hermano, padre, madre, esposo, bellissimo y preciosísimo, que nos ha redimido con toda su sangre, que nos alimenta cada día con su carne, con su alma y divinidad; Él, que ha querido notar dentro de su corazón, todos los atrevimientos, y todos los desfallecimientos de nuestros corazones: Él es quien mejor puede disponer de todo nuestro querer racional e incluso, nuestro sentir en cuanto nos sea posible. Hagamos pues, con Jesús, este matrimonio espiritual, entreguémonos, que escoja entre todas las cosas y nosotros sigamos en todo sus complacencias.

### **Lo que más teme el demonio: la pureza del corazón**

«Más que el ejercicio de las virtudes, será el esfuerzo por purificar el corazón lo que nos llevará más brevemente y en modo más seguro a la perfección del amor, porque el Señor está dispuesto a concedernos toda clase de gracias, con la condición de que no le pongamos absolutamente ningún obstáculos. Es justamente volviendo puro nuestro corazón que sacamos cuanto obstaculiza las operaciones de Dios; y ¿quién puede comprender las estupendas maravillas que el Señor opera en el alma una vez que ella se libera de los impedimentos? San Ignacio decía que más de una vez los mismos Santos ponían obstáculos a las gracias del Señor.

Entre todos los ejercicios de la vida espiritual no hay uno que el demonio obstaculice con mayor oposición, como es el esfuerzo de purificar el corazón. Nos dejará hacer sin molestarnos algunos actos externos de virtud, acusarnos, por ejemplo, en público de nuestros errores, servir en la cocina, visitar a los enfermos en los hospitales y a los infelices en las prisiones; porque en todo eso encontramos a veces una cierta satisfacción; o al menos favorece nuestra vanidad y puede sofocar los remordimientos interiores de la conciencia. Pero el demonio no puede soportar que sondeemos profundamente nuestro corazón, examinando los desórdenes y aplicándonos a enmendarlos. También nuestro corazón rechaza absolutamente este sondeo y este cuidado que lo deja al desnudo y lo hace sentir las propias miserias. Todas nuestras

facultades han caído en un estado de grave desorden que a nosotros no nos gusta descubrir, porque quedaremos humillados de este conocimiento.

Nosotros vacilamos años enteros y a veces también toda la vida en la indecisión de consagrarnos enteramente a Dios. No podemos decidirnos a hacer el sacrificio completo. Nos reservamos afectos, planes, deseos, esperanzas, pretensiones, de las cuales no nos queremos desprender por temor de encontrarnos en esa perfecta desnudez de espíritu, que es el requisito indispensable para ser plenamente poseídos por Dios... Tenemos que atravesar un puente y nos falta el coraje. Por el miedo de ser infelices, permanecemos siempre infelices, rechazando el donarnos sin límites a aquel Dios que nos quiere poseer únicamente para liberarnos de nuestra infelicidad y de nuestra miseria»<sup>6</sup>.

Es cierto que Jesús, como hombre, conoce los más íntimos detalles de toda nuestra vida presente y futura; es igualmente cierto que sigue con amor los pasos de todos los hombres; y también es certísimo que con especial predilección se ocupa de los que ha querido escoger muy particularmente como suyos. Pues según las normas dichas anteriormente –de mandato, obediencia, inspiración– hemos de procurar en cada caso conocer, sentir y ejecutar la voluntad de Jesús, mirar cada obra con sus ojos, sentirla con su corazón, amarla según su hermosísima voluntad. En cada una de nuestras obras, Jesús ejercita sus facultades amorosamente; en todas se propone un fin dignísimo de Él y de mí; en todas intenta unir y ligar más nuestros dos corazones. Pues que esta sea toda la sustancia espiritual de nuestras obras: aquella intención, aquel fin, aquella complacencia, aquel amor de Jesús, hechos nuestros por una absoluta asimilación.

Aún añadimos más, Jesús no es sólo el único objeto de este ejercicio, como acabamos de decir, sino que es también el maravilloso ejemplo: «Que no se haga mi voluntad –le decía al Padre celestial– sino la tuya». Y a eso lo llamaba “su alimento” ¡Qué palabra más llena de sentido!

*Quid me vis facere?* Digámosle a cada momento con san Pablo. Y Jesús siempre contestará. La respuesta será diferente en el sonido exterior. Por ejemplo, que nos sentemos a sus pies como santa Magdalena; que nos apoyemos sobre su pecho, como san Juan; que caminemos sobre las olas agitadas, como san Pedro; que vayamos a predicar por todo el mundo, como san Pablo; que vayamos a morir martirizados, como los apóstoles. Pero digo que sólo es diferente el sonido exterior de las palabras, la esencia es siempre la misma, es el amor de Jesús, que al hacer siempre estas cosas quiere, como buen amador, tener a su lado un corazón amigo al que comunicar su mismo sentimiento, y de aquella manera tan íntima, que sólo es propia de un Dios omnipotente. Aunque nuestras obras actuales estén separadas por los siglos de las que hizo Jesús en su vida mortal, no lo están de su vida gloriosa, ni de su vida eucarística, ni de su íntima presencia ni de su presente amor.

Ya hemos hallado, si no me engaño, la piedra preciosa del Evangelio, aquél *unum necessarium* de Jesús a santa Marta, aquel centro donde todo se unifica, según la aspiración de todo espíritu abierto a la vida.

---

<sup>6</sup> *Doctrina Espiritual*, LOUIS LALLEMANT.

Ahora posiblemente comprenderemos bien la íntima delicia de aquella primera estrofa del himno al nombre de Jesús:

Iesu dulcis memoria  
dans vera cordis gaudia  
sed super mel el omnia  
eius dulcis praesentia.

(Esto fue escrito bajo el encinar de Juan Huix de San Hilario, en unas dulces mañanas del mes de agosto de 1911. Solo como estaba, y en medio de una maravillosa quietud y silencio, tenía siempre a mi lado y dentro de mi espíritu el coloquio de un amigo<sup>7</sup> a quien va dirigido este pequeño deleite espiritual.

Que el dulce lazo del amor del *Amado* nos ligue perpetuamente a los tres en *inteligencia, amor y acción*).

... *Ave María y adelante.*

---

<sup>7</sup> P. Eduardo Serra.